

LA ESCUELA DE ARQUITECTURA EN LOS AÑOS 30: NUEVOS DESAFÍOS Y CRISIS DE LA ENSEÑANZA

POR EL ARQUITECTO FERNANDO WILLIAMS,

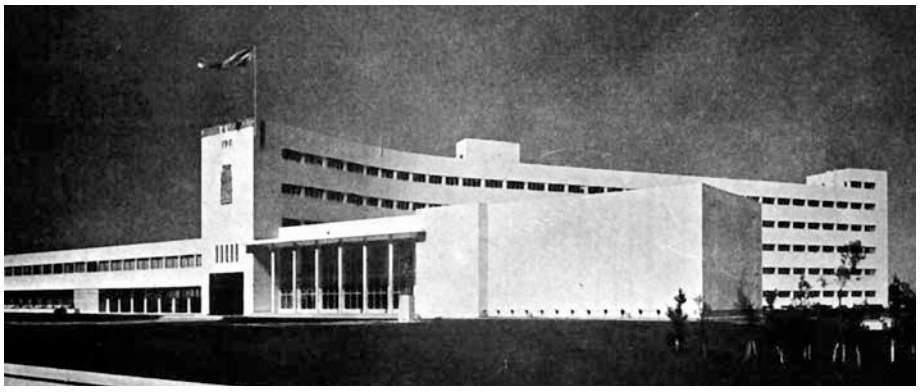
INVESTIGADOR DEL INSTITUTO DE
INVESTIGACIONES EN HISTORIA. TEORÍA Y
PRAXIS DE LA ARQUITECTURA Y LA CIUDAD.
HITEPAC-FAU-UNLP

Los trabajos que han abordado hasta el presente el tema de la enseñanza de la arquitectura en la Argentina han apuntado a construir fundamentalmente una historia institucional. En general, se trata de historias escritas por los propios arquitectos en las que se intenta articular los cambios de las facultades con el contexto político e ideológico nacional, dando cuenta del recambio de autoridades y profesores e identificando las corrientes más representativas y la forma en que influyeron sobre los contenidos de los planes de estudio. (Calderari, Marcos, 1997). Algunos trabajos recientes han sabido focalizar en aspectos específicos vinculados con la enseñanza, como las modificaciones de los currículos (Blanco et al., 1998; Cravino, 2007). Otros se han concentrado en períodos particularmente productivos, como el inaugurado en 1955 (Borthagaray, 1997). Cuando se trata de la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Buenos Aires, muy pocos han sabido integrar su historia a un comprehensivo contexto social, político y económico, sin perder de vista la especificidad propia de la enseñanza de la arquitectura y la naturaleza de los debates en los que los arquitectos participaron durante la construcción y consolidación de la principal escuela de arquitectura de la Argentina (Shmidt, Silvestri, Rojas, 2004).

Más significativo aún, ninguna aproximación histórica a la enseñanza de la arquitectura ha trabajado de manera sistemática con los testimonios de los propios protagonistas de esta historia –los alumnos y los docentes– ignorando, así, la dimensión de la recepción de los cambios curriculares a los que se hace continua referencia. De este modo, las entrevistas realizadas por DAR vienen a llenar este vacío. Su lectura instala en la agenda temas relacionados con la enseñanza que han sido mayormente desatendidos hasta ahora; temas que varían de acuerdo al período en cuestión y que serán objeto de estudio en el presente trabajo, en el que se ha procurado poner a los hechos e ideas referidos por los entrevistados en sus respectivos contextos.

Por cuestiones meramente prácticas, el ordenamiento de las entrevistas realizadas por DAR fue organizado por décadas, por lo que el presente trabajo se concentrará en examinar la de 1930, es decir, la primera de ellas.

Para aquellos que formaban parte de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Buenos Aires, la década de 1930 fue un período en el que comenzaron a vislumbrarse cambios radicales en la manera de concebir y enseñar la arquitectura. Estos cambios pueden ser vistos como parte de un proceso de transformación de la arquitectura a escala global reflejado en la irrupción de los modernismos, un proceso



[1]

Laboratorios YPF. Carlos de la María Prins y colaboradores, 1940. Fuente: J. F. Liernur, F. Aliata (ed.), Diccionario de la Arquitectura en Argentina, Buenos Aires, AGEA, 2004, Tomo 6, p.205

imposible de comprender sin atender a los múltiples desafíos técnicos, lingüísticos y funcionales impuestos por nuevas condiciones económicas, políticas y sociales. Como veremos a continuación, esas condiciones resultaron determinantes respecto de las características de los primeros edificios modernistas en la Argentina, del perfil y accionar de sus autores y también de la forma en que la Escuela de Arquitectura fue capaz de procesar el tenor de los nuevos desafíos.

LOS 30 EN LA ARGENTINA: UNA NUEVA AGENDA PARA LA ARQUITECTURA

El comienzo de la década del 30 puede fijarse en realidad en 1929, año de la primera crisis económica de alcance global. Para la Argentina, el llamado “crack” del año 29 significó el comienzo del fin del ciclo agroexportador, un período iniciado hacía más de medio siglo y que había servido para moldear aspectos constitutivos de la estructura económica y política del país. El fin de este ciclo liberal se acelera con el creciente protagonismo que asume el Estado nacional en áreas diversas, con directas implicancias sobre su estructura urbana y territorial.

En forma paralela, la década del 30 marca decididamente el comienzo de la era del automotor y el inicio de una larga declinación del ferrocarril, medio de transporte que había ayudado a consolidar la ocupación de buena parte del territorio argentino y que con sus más de 40.000 kilómetros de vías constituía la red más extensa de Latinoamérica. A partir de 1932, con la creación de Vialidad Nacional, el Estado emprende la construcción de una red caminera nacional, al tiempo que reconoce la importancia estratégica de YPF. Las primeras campañas de turismo automotor y las casi 200 estaciones de servicio ACA-YPF construidas entre 1938 y 1943 son un reflejo de este giro. El rol modernizador asumido entonces por el Estado se hace manifiesto en una renovación del lenguaje arquitectónico, que incluye formas puras, superficies blancas y despojadas y detalles náuticos. A esta primera generación de modernas estaciones de servicio podríamos agregar otras obras públicas significativas, como los laboratorios de YPF, construidos en Florencio Varela según el proyecto de un equipo dirigido por Carlos de la María Prins [1].

De la importancia asignada en este período a la construcción de una estructura vial a escala nacional no están exentas las ciudades, nodos del sistema que vieron reordenados sus esquemas de circulación. Buenos Aires, en particular, experimenta durante la década una transformación sin precedentes con la construcción de la avenida General

Paz y la apertura de la Avenida 9 de Julio. Los volúmenes blancos y despojados del Ministerio de Obras Públicas y del obelisco son ejemplos de un particular lenguaje arquitectónico que se relaciona con un discurso que por un lado habla de progreso y por otro lado no pretende sobrepasar ciertos límites impuestos por la formación académica. El denominado “racionalismo”, etiqueta bajo la que se agrupan estas primeras formulaciones de la década de 1930, fue un modernismo mesurado inspirado en algunas novedosas experimentaciones europeas pero que, a diferencia de aquellas, nunca llegaron a constituir una vanguardia. Los estudios que se han alejado de las explicaciones más simplificadoras de la emergencia del modernismo han vinculado esta caracterización con el conservadurismo del particular contexto político-cultural de la Argentina de los años 30 (Katzenstein, 1992).

De este extendido imaginario de “ciudad blanca” participó también la iniciativa privada, que durante la década en cuestión emprendió la construcción de un gran número de casas de renta. Además de la evidente renovación lingüística, esta arquitectura “racionalista” promovió también nuevas formas de habitar a partir de la incorporación de ciertos adelantos técnicos a partir de los cuales la vivienda se acercaría a la idea de “máquina de habitar”, postulada por Le Corbusier en esos años. Fue en esta década que comenzó a adoptarse en forma masiva el hormigón armado como técnica de resolución de las estructuras portantes. Al mismo tiempo, las dimensiones de los ambientes, su iluminación y acondicionamiento térmico fueron objeto de importantes y duraderas redefiniciones vinculadas a los procesos de racionalización de las viviendas que venían desarrollándose principalmente en Alemania.

El comienzo de la Segunda Guerra Mundial, a fines de la década, acentuaría ciertos procesos, especialmente en relación con el creciente protagonismo del Estado y con la revalorización de lo local y lo vernáculo. La política de sustitución de importaciones puesta en práctica en el país durante la guerra condujo a un descubrimiento de lo propio en la forma de materiales para la construcción y desarrollo local de técnicas y equipamiento. Al mismo tiempo, “el viaje turístico que la arquitectura emprendió gracias a los encargos públicos modernizadores se convirtió en una novela de aprendizaje de la nacionalidad” (Ballent, Gorelik, 1993). Comenzó a desarrollarse así una vertiente local de la arquitectura que reconocía en los problemas del interior del país y del hábitat rural una clara fuente de inspiración. En estas coordenadas ubicamos, por ejemplo, a los arquitectos Horacio Caminos y Eduardo Sacriste, como también a la revista *Tecné*, creada en 1942 por los arquitectos Simón L. Ungar y Conrado P. Sonderéguer.

LOS DESAFÍOS DE LA MODERNIZACIÓN Y EL NUEVO PERFIL DE LA DISCIPLINA

Con el correr de la década, aumentó entre los arquitectos la conciencia del desafío que representaban para la arquitectura un conjunto de problemas técnicos, lingüísticos y también urbanos, no son del todo novedosos y que se hacen en este momento imposibles de ignorar.

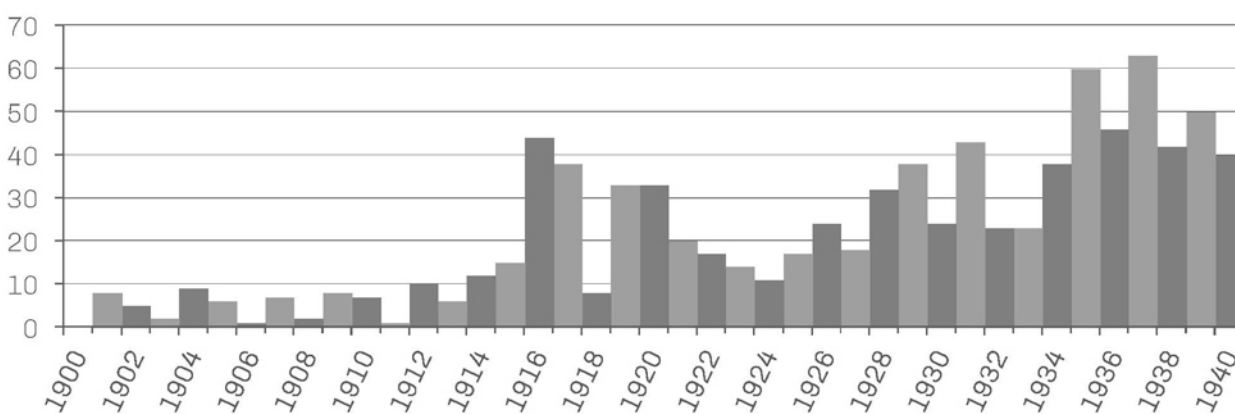
Entre los técnicos, se ha mencionado ya a la tecnología del hormigón, tema que recibe en este momento un espacio considerable en las revistas más importantes, como Nuestra Arquitectura.

También las necesidades y los usos de lo construido se habían complejizado considerablemente, dando como resultado el surgimiento de nuevos programas arquitectónicos. Dentro del conjunto de programas que requirieron especial atención se destaca, antes que nada, la vivienda social, en sus variantes colectiva e individual, temática que por la escala de los emprendimientos no estará desvinculada de las cuestiones más propiamente urbanísticas.

En este marco la infraestructura se torna más visible dentro de las ciudades. Paralelamente, la escala de las intervenciones urbanas y sus multifacéticas implicancias conduce a la emergencia y consolidación de una ciencia urbana como campo de conocimiento que avanza hacia su autonomía.

En un contexto de creciente profesionalización, todas estas problemáticas acentúan un proceso de especialización dentro de la disciplina arquitectónica. Así, durante la década se organizan congresos nacionales e internacionales de arquitectura, de urbanismo, de vivienda y de un número crecientemente específico de temáticas que determinan el surgimiento de nuevas formas de relacionamiento entre los arquitectos. Por un lado, la convocatoria de estas nuevas temáticas recorta un universo de profesionales anteriormente más indeterminado. Por otro lado, se establecen vínculos, se crean foros y redes que traspasan fronteras nacionales y que contribuyen a poner en circulación temas, ideas y opiniones que abonarán un debate cada vez menos circunscrito a los propios países. Un buen ejemplo de ello son los denominados Congresos Panamericanos de Arquitectura.

Vinculados con nuevas condiciones urbanas, nuevas soluciones técnicas y nuevos requerimientos funcionales, los desafíos propiamente lingüísticos concitaron un interés mayúsculo y gravitaron fuertemente sobre los debates de la década del 30. Las resistencias ante el progresivo colapso del sistema de composición clásica tampoco fueron desdeñables. Se



trata de un proceso de larga duración que se nutre de fuentes variadas, pero que reconoce en los años treinta un momento inaugural no solo en lo que respecta a la abierta adopción de vocabularios modernistas sino también al creciente conocimiento por parte de los arquitectos locales de un conjunto de exploraciones que venían realizándose desde la década anterior, muy especialmente en Alemania, Francia, Italia y los Países Bajos. Así, los 30 pueden ser vistos como campo de batalla de una variedad de lenguajes que en el caso de la Argentina incluía no solamente a los que en aquel entonces se denominaban “modernismos” (art déco, art nouveau, etc.), sino también al neocolonial y a simplificaciones de estilos clásicos. Como veremos, la Escuela de Arquitectura no permaneció ajena al fragor de estas batallas.

[2]

Cantidad de graduados en la Escuela de Arquitectura (UBA) entre 1900 y 1940.

LA LUCHA POR UNA ESCUELA MODERNA

No es necesario aclarar que junto con la creciente especialización, estos nuevos desafíos conducirían prontamente a un cuestionamiento de los contenidos y la estructura del programa de estudios. Los movimientos en pro de su actualización y modificación se hicieron cada vez más frecuentes durante la década. Estos reclamos deben ponerse en el contexto de una facultad cuya matrícula iba en aumento. Las estadísticas de la cantidad de egresados muestran un sostenido incremento entre fines de la década de 1920 y fines de la de 1930 [2].

Los cambios ocurridos a lo largo de la década fueron procesados en el ámbito de la Escuela de Arquitectura de muy diferente manera. En primer lugar es necesario reconocer que hubo una adaptación de los ejercicios a nuevos programas funcionales, a nuevas técnicas y a la emergente problemática urbana. Así lo atestiguan los trabajos de alumnos de la Escuela publicados durante la década de 1930 por la revista *Nuestra Arquitectura*. Sin embargo, en términos generales, la estructura y orientación del plan de estudios se mantuvo. En efecto, aun cuando el plan de estudios fue modificado en 1934, “la renovación fue más de forma que de fondo” (Cravino: 128). El modelo académico de la *École de Beaux Arts* de París continuó siendo el referente principal. Se trataba de un plan de estudios en el que las distintas materias creaban una fuerte compartimentación del conocimiento. Si bien esta falta de coordinación de los contenidos fue objeto de críticas y reclamos, los conflictos más agudos se generaron en torno a las transformaciones de la arquitectura como lenguaje.

Durante toda la década, el cuerpo docente de la Escuela de Arquitectura fue refractario a las nuevas contribuciones que comenzaban a



Mario Roberto
Álvarez en 1938



[4]
“Edificio de la
Lotería”, ejercicio
realizado por M. R.
Álvarez en la Escue-
la de Arquitectura,
publicado por la
revista *Nuestra
Arquitectura*.

conocerse en el ámbito local. En realidad, esta adhesión a los criterios compositivos clásicos se mantuvo hasta 1943, momento en que el arquitecto y profesor francés René Karman se alejó de su puesto al frente de la materia Composición. El sostenido conservadurismo de los docentes no hizo más que acentuar el rechazo de los estudiantes hacia el sistema Beaux Arts “que ya no les resultaba válido para afrontar las soluciones que la arquitectura debía proveer en la sociedad contemporánea” (Silvestri, Schmidt, Rojas: 36-37). La entrevista realizada por DAR al arquitecto Mario Roberto Álvarez da cuenta de este clima conflictivo en el interior de la escuela [3]. Álvarez relata un incidente ocurrido entre él y el profesor Karman durante la corrección de un ejercicio, cuando una planta asimétrica diseñada por Álvarez se convirtió en motivo de conflicto. Resulta evidente que los profesores de Composición de ese momento percibían estas incursiones por fuera de los cánones clásicos como un cuestionamiento a su propia autoridad dentro de la Escuela.

Ante episodios como el relatado por Álvarez, no sorprende que surgiera entre los estudiantes el interés por otros grupos de pertenencia más permeables a las discusiones contemporáneas, como el denominado Primer Salón Argentino de Arquitectura Contemporánea organizado en 1933, o el primer grupo ciam en la Argentina integrado por los arquitectos Wladimiro Acosta, Isaac Stock, Alberto Prebisch, Ernesto Vautier, Fermín H. Bereterbide y León Douge. En 1939 aparecería Austral, grupo estrechamente vinculado con Le Corbusier y que ha sido considerado como el inicio de un vanguardismo moderno que hasta entonces no había entrado en escena en la Argentina. Algunos de los miembros de Austral eran parte de la generación de Álvarez, quien si bien estaba en sintonía con los lineamientos generales de sus propuestas arquitectónicas no acordaba enteramente con la forma en que el grupo irrumpía en escena. Álvarez se ha declarado repetidamente como partidario de amalgamar modernidad y tradición: “yo creo en eso, en la evolución, no en la revolución”, sostiene. Ello atañe también a la importancia asignada por él a cierta rigurosidad constructiva, una firmitas que tiene su origen en referencias clásicas. Así, Álvarez coincidirá con Auguste Choisy en que las formas son “dependientes de los materiales” [4].

De la lectura de la entrevista se desprende que además de la gravitación de estos nuevos núcleos extraacadémicos, era significativa la influencia de las publicaciones periódicas. Fue en las páginas de *Technique & Travaux* y de *L'Architecture d'aujourd'hui*, que Álvarez descubrió una nueva arquitectura. Sin embargo, la manera más directa de conocer las obras contemporáneas era el viaje de fin de curso que cada

tro de su formación el viaje de estudios tuvo la función de un verdadero posgrado. La entrevista permite conocer el itinerario de los viajes de estudio del momento, que incluían las obras no solo de los arquitectos más progresistas, como los agrupados en el Tecton Group o los vinculados a la Bauhaus, sino también aquellos al servicio de regímenes autoritarios como Albert Speer y Marcello Piacentini.

Las entrevistas a los estudiantes de esta década permiten entender el clima de ideas reinante entre el alumnado y sus luchas por la renovación de la Escuela. Los estudiantes hacían causa común en lugares como el Centro de Estudiantes y desde allí presionaban no solo para que se modificara el plan de estudios sino también para invitar al país a arquitectos extranjeros que representaran esas nuevas ideas. Como presidente del Centro, Álvarez propuso a Oscar Niemeyer y a Roberto Burle Marx. Su propuesta fue rechazada con el argumento de que eran comunistas. Solo Auguste Perret concitó el consenso que posibilitó su visita a la Argentina. El Centro de Estudiantes se revela, así, como un lugar destacado, no solo como núcleo de sociabilidad y cuna de futuras asociaciones entre los estudiantes sino también como plataforma desde la cual los estos se posicionaban políticamente. En el caso de Álvarez, fue la amistad con Hugo Armesto la que derivó en una invitación a participar en el Centro, organismo del que fue dos veces presidente, habiendo sido además designado como delegado ante el Consejo Directivo. Con Evaristo de la Portilla y otros compañeros, Álvarez publicaba una página cuyo contenido solía ser claramente crítico hacia los profesores y la Escuela de ese momento. La entrevista da cuenta de los temas que concitaban las críticas más abiertas, que a menudo aparecían plasmadas en irónicas caricaturas. Dichas críticas se agudizarían en la década siguiente y pavimentarían el camino hacia la formación de una Escuela donde no solo los temas de los ejercicios respondieran a las necesidades de los nuevos tiempos, sino también el espíritu y la metodología de la propia enseñanza.

Ballent, Anahí, Adrián Gorelik: "País urbano o país rural: la modernización territorial y su crisis", en Alejandro Cattaruzza (ed.): Nueva Historia Argentina, Tomo VII, Buenos Aires, Sudamericana, 2001.

Blanco, S., C. Gil Casazza, J. Valentino: La enseñanza de la arquitectura y el diseño, estructuras curriculares, Buenos Aires, fadu-uba, 1998.

Borthagaray, Juan Manuel, "Universidad y política 1945-1966", revista Contextos N.º 1, Buenos Aires, octubre 1997.

Calderari, María, Martín Marcos: "Fundación y refundación de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo (1947-1966)", revista Contextos N.º 1, Buenos Aires, octubre 1997.

Gorelik, Adrián: "The Metropolis in the Pampas, 1890-1940", en Jean Francois Lejeune: Cruelty and Utopia: Cities and Landscapes of Latin America, 2007, pp.146-159.

Katzenstein, Ernesto: "Argentine Architecture of the Thirties", The Journal of Decorative and Propaganda Arts, N.º 18, 1992, pp. 55-75

Liernur, J. F.: La Arquitectura Moderna en la Argentina. La construcción de la Modernidad, Buenos Aires, fna, 2002.

Molina y Vedia, Juan: "Arquitectura, Ciudad y Enseñanza", revista Contextos N.º 1, Buenos Aires, Octubre 1997.

Shmidt, Claudia, Graciela Silvestri, Mónica Rojas: "Enseñanza de la Arquitectura", en J. F. Liernur, F. Aliata (eds.): Diccionario de la Arquitectura en Argentina, Buenos Aires, AGEA, 2004.

Williams, Fernando: "Enseñanza y experiencia: primeros resultados de una investigación sobre la historia de la Facultad de Arquitectura de la UBA durante su etapa fundacional", Área N.º 17, octubre de 2011.